

que le aguarda, pues el torrente brama ya de una manera espantosa. En vano; de un salto hace volver grupas á la jaca, murmurando: «Rogad por mí. ¡Dios hace bien todo lo que hace!»

Hombres y mujeres, niños y ancianos caen de rodillas rogando al cielo por el pastor que, abrasado de caridad, desprecia su vida para salvar la de su oveja. Pero sus ojos no se elevan al cielo, sino que siguen con dolorosa angustia al buen Sacerdote, que lucha con las olas en su heroico ardimiento.

Un fuerte ruido suena en medio de aquel turbulento mar. La techumbre en que se alzaba la mujer es arrastrada por el remolino, y húndese la pobre madre. De todas las bocas sale un grito desgarrador... Pero las manos del Cura asen los cabellos de la infeliz; llega con ella á la orilla, donde la entrega, cayendo él también en el suelo, cubierto de fatiga, lleno de emoción, repitiendo por lo bajo: «Dios hace bien todo lo que hace.»

La admiración, la gratitud y el entusiasmo de todos llegaron al delirio.

Desde aquel día el Cura fué un héroe, más todavía, se le miró como á un Santo.

No sabiendo como darle una prueba de su agradecimiento y de lo mucho que le amaban, idearon un medio tan extraordinario como nuevo.

Pocos días después se reunía el pueblo para votar los oficiales de la nueva compañía de zapadores-bomberos, y el nombre de aquel ser tan querido salió de la urna cívica. El Cura fué nombrado por unanimidad capitán de bomberos.

V.

Admirado el sacerdote de tal elección y manifestando que no podía avenirse la sotana con el casco, la barba, el sable y el hacha, todos los electores respondieron que el subprefecto vería cómo arreglarlo, porque ellos de ninguna manera admitirían la renuncia. Formaron el expediente, y, remitido á la administración central, llegó como era uso, al ministerio del Interior. Grande fué la risa que produjo en las mesas todas la noticia de tan original elección, y el jefe no pudo menos que ir á referir tan extraño caso al ministro. Este también soltó la risa, y queriendo dar un buen rato al Rey Carlos X, se presentó en la Cámara real.

En dos ó tres días no se habló en palacio de otra cosa que de la elección del capitán de bomberos.